

Teresa Andrade

Día I

Hay noches en que la lluvia cae más profundo que un adiós,
que un cartílago en los espejos de la calle.

Hay noches en que el frío es mundano
y las calles se inundan de manchas,
y duelen los miedos.

Hay un hilo, un dibujo, un croquis de mundo en el que no
puedo vivir,
un recuerdo y un minuto.
Aquí, las horas desaparecen con la voz de los dedos.
Enmudecen las cunetas abiertas, las cenas de padres
y cada paz nocturna.
Aparece un bosquejo,
una caricatura de muchedumbre,
una silueta que no reconoces.

Y la ves caer
y la ves perder
y observas las mangas de tu camisa
y tratas de reír comparándote con Dios.
Ya no hay nada que reconozcas, mucho menos,
la piel al otro lado del espejo.

No me reconoces,
yo tampoco me reconozco.

Hay noches en que los cadáveres te llaman
y el clamor de la tierra trae fantasmas del pasado
y se desea volver a empezar
con el código de entrada a la esquina superior de la cadena ali-
menticia.

La impaciencia te come
y tratas de rescatar las sombras de las sombras.
Tratas de coser los miedos a los moños de diciembre
y corriges los manuscritos.

Me desvanezco en las locuras de mis días,
corro hacia tus espinas
y te quejas de la maquinaria imprevista de la autocompasión.

Ya no hay viento
y te cansas.

Ya no hay madrugadas impacientes,
ni caminos labrados de guitarras.

Ya no hay cortinas.

Tú me dejaste las cajas limpias
el cigarro contratado,
la hendidura de mi zapato izquierdo,
la locura de fin de semana,
la alfombra de tu sombra
y cambiaste la estrategia.
Sabía más a espina,
más a cuchillo incrustado en el hígado menor
en la penumbra de sueño lúcido.

Y te vas y me dejas.

Mis ladrillos se rompen.
Hay una primera tierra que vuelve a nacer.

Ya no hay sombra.

Sacaste mi traje nuevo a pasear.
Tatuaste un dígito, una señal,
una bolita clandestina en el meñique
y se escurrió la vida
en cada calle lúcida de soledad
y en cada noche de frío mundano.

Día II

Conozco tu dolor
y el tiempo cojea colgado de tu quijada.
El llamado es una aguja portátil
en los aparatos cura pasiones, cura soldados.

Estás sentada en una colmena
esperas un soplido
un encuentro con los padres borrosos.
El alma vaga
y el humus te cosquillea la razón.

Hay un olor a vida
en las calles vacías
y ventanas cerradas
en los muros de los espejos.
Quieres tomar la avenida inmediata,
el autobús clandestino
hacia un viaje pavimentado de ladrillos rojos.

Das un paso y regresas.

Rompes las camisas con fuerza
y las ataduras de los lamentos más tempranos.
y vuelves al pozo que te dio la vida,
y esperas un mañana, un pedazo de pan,
un plumero para martillarte el corazón.

No pretendes ver hacia atrás.

Has dejado fachadas y portales,
cartas que no volverás a contestar.

Buscas tu casita de muñecas
y corres
para que no te vean platicar con la lluvia.

Día III

Llueve.

Llueve.

Sacas un arma.

Nada más efectivo para la insalubridad de las habitaciones.

Buscas un punto, un cero,

un equilibrio ostentoso en el asteroide B- 612.

Una pizarra desnuda muestra el camino de regreso,

de vuelta, de atrás, de nunca.

Llueve.

Llueve.

Una luz golpea tu hombro,

una esquina de cuerpo hecho piedra purifica la puntuación de los segundos

y las tildes de las horas.

Dejas en la caja de los calcetines viejos la mota que se acumula en los árboles municipales.

Ya no recuerdas las carcajadas.

Olvidas el uno y el siguiente uno y todos los unos por contar.

Llueve.

Llueve.

No dejará de llover.

(Del libro inédito *Historia para dibujarse la piel*)